



LA COMPAÑÍA DE JESUS EN COLOMBIA.

LIBRO TERCERO.

1850-1851.

Entramos á referir los últimos sucesos de esta primera época de la existencia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada, y si bien en todo lo antes expuesto han podido ver nuestros lectores la lucha más ó menos abierta, según las circunstancias, entre los hijos de San Ignacio, firmes siempre en la brecha en defensa de la soberanía de Jesucristo y los derechos de la Iglesia sobre los pueblos; y los liberales poniéndoles todas las trabas imaginables para entorpecer á lo menos su actividad; ahora podremos ver la manera de obrar de estos sectarios diabólicos, cuando se lanzan á la desesperada, y cómo no les importa ser inconsecuentes en sus principios, ni violar los derechos de los pueblos, ni ponerse en ridículo ante lo mejor y más cuerdo de las sociedades. Los hechos son palpables y hablan por sí solos: no necesitaremos de sugerir reflexiones.

1850

1850

1.—Aper-
tura del
curso.

1)—En todos los Colegios abriéronse los cursos en el mes de Enero con la tranquilidad que lo hubieran hecho en los tiempos más normales y pacíficos. El Padre San Román que había venido á Bogotá acompañando á varios de los primeros jóvenes que habían concluido sus estudios de Humanidades y Retórica, para que comenzasen sus cursos de Filosofía en el Seminario, volvía á Popayan llevando al noviciado algunos jóvenes postulantes. El P. Blas y sus Compañeros evangelizaban la provincia de Pasto, prosiguiéndose al propio tiempo el trabajo de la nueva casa, que en los designios de los Superiores de aquella Misión, al paso que sirviera de punto de descanso á los futuros misioneros del Caquetá y Putumayo, fuera también como el lazo de unión con el Ecuador, de donde hacían ya muchas instancias y considerables ofrecimientos para llevar allá la Compañía. Los PP. de Medellín daban muestras de su fervoroso celo emprendiendo misiones de muy trabajoso desempeño, en el tiempo de las vacaciones.

2.—Ca-
ñas-gor-
das.

2)—Tal fué la de Cañas-gordas, de la cual hablaremos más en particular por haber sido la última que se dió en esta época. Dista este pueblecito unas cinco jornadas de Medellín y está situado en los confines de Antioquia con el Chocó, cerca de las cabeceras del Río Verde, en medio de un laberinto de montañas. No es sólo la distancia y falta de posadas lo que hace penoso aquel viaje, sino más bien la aspereza de los montes que hay que subir y bajar constantemente por sendas muy estrechas y escabrosas, por entre lodazales que forma el terreno deleznable y las lluvias torrenciales de aquellos climas, y teniendo que atravesar torrentes muy violentos y ríos muy caudalosos. Esta perpétua zozobra no deja al caminante tranquilidad para recrearse en los variadísimos paisajes y grandiosos espectáculos que ofrece á su vista la naturaleza virgen con la exuberancia de su vegetación, sus árboles seculares,

1850

plantas y flores rarísimas, bellísimos helechos que crecen como las palmeras, aves y cuadrúpedos de muy variadas especies. La población de este pueblo, como la de otros vecinos, está formada parte de indígenas, cristianos por haber sido bautizados, pero sin ninguna instrucción ni prácticas religiosas; parte por raza española que por lo general se ocupan en la explotación de minas y son poco numerosos los que viven en las poblaciones. Ya se ve que en aquellas vastas soledades el abandono de las costumbres no puede menos de producir sus estragos en las almas, si bien Dios en su misericordia no deja de enviar de vez en cuando algún escarmiento para retraer del pecado á aquella gente descuidada. Tal fué, por ejemplo, el caso que tuvo lugar pocos días antes de la misión que vamos refiriendo. Cierta sujeto, aunque casado, vivía al mismo tiempo amancebado. Permitió Dios que una serpiente llamada birri, cuya mordedura es mortal, quitara la vida á su esposa. El mal hombre continuó en su vida desgarrada, á pesar de este aviso de Dios, y apremiado por la justicia, dijo que iba á casarse, pero lo que en realidad hizo fué huir con su manceba. Siguióle la justicia divina y vió á la mujer mortalmente herida del mismo reptil, aunque pudo salvar la vida: no así él á quien poco después hallaron muerto, el cadáver monstruosamente hinchado y corrompido á consecuencia de las mordeduras de aquel terrible animal, instrumento de divina justicia.

Tales eran las necesidades que á costa de muchas fatigas iban á remediar los PP. Freire, Eguiluz y Cotanilla. Comenzaron sus trabajos y á pesar de las lluvias crecía cada día el concurso, viniendo de muy lejos las familias en busca de la salud de sus almas. No contribuyó poco sin duda otro caso desastroso que en aquellos mismos días acaeció, para acreditar la palabra de Dios. Oyó el primer sermón una mala mujer, y temiendo sin duda que la fuerza de la divina gracia la vendría

1850 por fin á arrancar de los brazos de su cómplice, determinó salirse del pueblo llevándole consigo; mas, justos juicios de Dios! no sé por qué este mismo hombre la atravesó de una lanzada, viéndose obligada á volver á la población y á buscar á Dios de cuya misericordia había querido vanamente escaparse. Seiscientas confesiones de adultos pudieron oír los misioneros en los siete días que permanecieron en aquellas sierras, continuando después el celoso párroco en la recolección de aquella abundante miés.

Mas con dolor de los PP. se escapaban de sus manos otros frutos aún más codiciados: estos eran los indígenas, que, como dijimos, estaban muchos bautizados. Presentáronse no pocos á visitar á los misioneros y ofrecerles algunos donecillos con un candor y simplicidad que daban á entender sus buenas disposiciones. Van estos indios decentemente vestidos: hombres y mujeres dejan crecer la cabellera, que dividida en dos partes les cae con cierta gracia sobre los hombros: son muy dóciles y por lo mismo abusan de ellos los blancos, causa por la cual viven retirados de su trato y remontados lejos de las poblaciones. El cacique, anciano respetable de más de 90 años llegó con dos ó tres sobrinos suyos y como hablaban y entendían medianamente el castellano, se les pudo dar alguna instrucción y confesarlos, acaso por primera y última vez en su vida, y este fué el único bien que pudo hacerse á la casta indígena.

3.—Nuevos ataques á la Compañía.

3)—Dejemos ya los pacíficos ministerios de las misiones para presenciar espectáculos de muy diverso género. Mientras los Jesuitas se ocupaban en sus Colegios y demás ministerios puramente espirituales, los demagogos de la capital, impacientes de la morosidad de López, que no parecía tener valor para cumplir sus compromisos, quisieron hacer una nueva tentativa. Habíanse organizado en Bogotá dos sociedades políticas de muy contrarias aspiraciones: la una llamada

1850 democrática favorecía el partido liberal y se prestaba á servir de instrumento de los ocultos manejos de la camarilla gubernamental: la otra se titulaba *Sociedad popular de instrucción y fraternidad cristiana*, porque en realidad venía á tener un fin semejante al de los círculos católicos de nuestros días. Es inútil advertir que, aunque la Compañía no tenía parte alguna en esta sociedad, sus miembros eran sinceramente amigos suyos y no pocos de ellos, si no todos, pertenecían á la Congregación de artesanos, que desde su fundación había sido la edificación y el ejemplo de la capital. En la noche del 15 de Enero uno de los oradores de la Sociedad popular, en el calor del discurso llamó á la autoridad *simulacro de gobierno*, expresión que escuchada por un grupo de demócratas allí apostados produjo entre estos un horrible alboroto, que se aumentó con un tiro de pistola que resonó en el salón. Inmediatamente salieron los alborotadores gritando por las calles, revolución! revolución! Mueran los Jesuitas! Mas á poco rato reinaba en la ciudad la tranquilidad más completa.

Al siguiente día se vió á los miembros de la sociedad democrática recorriendo los barrios de la ciudad y distribuyendo esquelas de convite para una gran junta que debía celebrarse en la plaza mayor con el fin de pedir al Gobierno, 1.º la expulsión de los Jesuitas: 2.º la remoción de todos los empleados públicos pertenecientes al partido conservador: 3.º la disolución de la Sociedad popular. En efecto, el día 17 á las doce estaban reunidos en el lugar designado unas 400 personas, en su mayor parte amigos de los Jesuitas, deseosos de ver el giro que iba tomando el negocio de su expulsión. Pronunciáronse allí discursos violentos contra la Compañía, y entre ellos se distinguió mucho por sus dislates un orador tan ignorante, que ni aun sabía leer, el cual á boca llena llamaba ateos á los Jesuitas, y á los de la Sociedad popular salteadores. Esta comedia